

MERCURIO PERUANO

DEL DIA 16. DE ENERO DE 1791.

APOLOGO HISTÓRICO SOBRE LA CORRUPCION DE LAS
Colonias Romanas de Africa.

LA parte histórica que es la primera en el orden de este Mercurio, nos merece un lugar de predileccion. Quisiéramos que estuviesen en nuestro poder todas las preciosidades de los archivos para enriquecerla y hermosarla. A este fin hemos comprado una cantidad prodigiosa de manuscritos, que hasta la presente han estado confundidos entre el polvo, y en olvido. Antes de ayer por la tarde estábamos examinándolos, quando el Censor de nuestra Sociedad propuso la idea de compilar y dar á luz una historia de la moral pública de estos países. Desde luego rechazamos el pensamiento, no solo por su arduidad, sino tambien por el riesgo que trae consigo de no agradar, ó de ser tomado en mala parte. Aquel instaba para que se adoptase su proposicion; nosotros apurábamos toda nuestra facundia para persuadirle que eran justos nuestros rezelos. Un encuentro fortuito nos hizo acabar la disputa. Fue el caso que entre los dichos manuscritos apareció un pergamino medio carcomido, que no sabemos si es de Tácito, de Floro, ó de Suetonio. Trahia el mismo epígrafe que está á la cabeza de este rasgo, con un texto en el exordio, y carecia de final. Nos pareció su contexto muy análogo á la materia de que tratábamos; y así nos convenimos en traducirlo literalmente, y publicarlo por ver si este respetable Público es bastante dócil para recibirlo.

con agrado unas correcciones de esta naturaleza. Decía así:

..... ¿ Quid rides? mutato nómine de te
fábula narratur. ... Horat. sat. 1- lib. 1.

„ Quando el invencible Scipion destruyó á Cartago, que-
„ dó toda la África sujeta al Capitolio. El espíritu de empresa
„ hizo apetecibles aquellas regiones casi inhabitadas. Hubo pue-
„ blos enteros que prefirieron las playas de Numidia á las de
„ la Italia. Fundáronse muchas ciudades. El adusto Cartaginense,
„ se, y el desnudo Garamante vieron florecer en su suelo unas
„ virtudes hasta entónces desconocidas.

„ La severa entereza característica de un corazon repu-
„ blicano brillaba en esas Colonias como en la misma Roma. El hom-
„ bre soberbio con el glorioso título de Romano, procuraba en
„ todas edades merecer por sus hazañas el honor que este
„ mismo nombre le acarreaba. La Matrona contenta en el reti-
„ ro de una edad desengañada, aguardaba la relacion de las
„ proezas militares de sus hijos. La casada no tenía mas pla-
„ cer, que el de ir criando los frutos de su ternura conyugal,
„ y formar de ellos unos buenos ciudadanos. La doncella llena
„ de inocencia, no conocía al amor hasta el dulce momento,
„ en que el hymeneo la revelaba sus misteriosos arcanos: creía
„ que este sentimiento no era mas que un aprecio debido al va-
„ lor de aquel jóven amante, que la miraba con ojos apasiona-
„ dos quando volvía de la guerra cargado de los despojos del
„ enemigo.

„ La fragilidad é inconstancia, tan propias de nuestra
„ miserable especie, fuéron transcendentales á la misma virtud de
„ los Romanos, y transtornaron todos estos hermosos principios:
„ la riqueza y la molicie fuéron sus fatales instrumentos. En
„ las calamidades morales y físicas que sobrevinieron, encontró
„ su castigo la deprabacion de las Colonias.

„ Enriquecidos los Romanos con los tesoros de Annon,
„ de Amílcar, de Syphax, y de otros Reyes subyugados, em-
„ pezaron á mirar con tedio la rigidez de las costumbres anti-
„ guas que habian trahido de Europa. La sencillez, la sobrie-
„ dad, el valor y la constancia fuéron virtudes, que poco á
„ poco se relajaron, y al fin cedieron su lugar al enredo, al
„ regalo, al ocio y á las frioleras. Para el trabajo rural y
„ doméstico se arrancaron de sus hogares y penates á los

„ Nu-

„ Nubios, á los Egipcios, y á los Abisinios. Las leyes inarcia-
 „ les, el derecho de conquista, y el exemplo de otros pueblos
 „ legitimaron esta especie de tiranía.

„ La enervacion de los Romanos trascendió inmediata-
 „ mente á sus mugeres; y estas contribuyeron á empeorarla y
 „ perpetuarla. Las Porcias, las Cornelias y las Lucrecias, bien
 „ halladas con el desempeño de la esclava Africana, arrinconaron
 „ la aguja, el huso y la plancha: entregáronse á la vani-
 „ dad; y finalmente cifraron todas sus delicias en las intrigas
 „ de Cupido. Necesitaron interlocutores y confidentes, y esco-
 „ gieron para esto á sus mismas cautivas. Estas, envilecidas por
 „ constitucion y ménos señaladas por la igualdad del color,
 „ eran mas aptas para salir al público, entretener una corres-
 „ pondencia epistolar, y favorecer una introduccion furtiva. In-
 „ sensiblemente se vieron hechas depositarias de la confianza de
 „ sus señoras las que ántes las servian de rodillas.

„ Por otra parte estas mismas Romanas, á cuyos pechos
 „ se habian criado los que llegaron á dar la ley á todo el Orbe,
 „ miraron con desden la noble ocupacion de amamantar y edu-
 „ car á sus hijos. Fióse este cuidado á la esclava; y esta vió
 „ pendiente de su cuello al que se destinaba para ser un día
 „ su señor.

„ He aquí las monstruosas Egipcias árbítras á un mismo
 „ tiempo de la vida de sus dueños, y del honor de sus amas.
 „ Soberbias con este doble motivo emularon á las mismas
 „ Romanas el vestido, el language, y hasta los placeres. El
 „ jóven barbiponiente, sequaz en cierto modo de la dependen-
 „ cia pueril, mira con ternura una casta cuya leche fué
 „ su primer alimento. El esposo, mal satisfecho con la fria re-
 „ tribucion de un tálamo dividido, busca en la esclava el com-
 „ pensativo. El horror de su negro delito se confunde en la
 „ obscuridad de su cómplice. Hízose comun la mezcla de
 „ las especies, y se originaron diversas subdivisiones, mas ó
 „ ménos apreciadas en razon de los grados de proximidad ó
 „ distancia de su color originario. Estos espurios frutos de
 „ una abominable union, ya no servian en las ocupaciones do-
 „ mésticas, ó lo hacian con ayre de superioridad. Las modas,
 „ el mérito personal, y la educacion de la juventud recibian
 „ el tono y la decision de esas almas viles. Llegó á tal extre-
 „ mo su influxo, y la deprabacion comun, que las Romanas,
 „ las mismas Romanas se gloriaban de tener alguna semejanza

en el espíritu ó en la persona con sus esclavas. Los trámites del placer y del amor.

Aquí estaba raspado el pergamino, y nosotros no podemos saber en lo que iban á parar estas declamaciones. En cierto modo lo celebramos; por que si el Autor del manuscrito se hubiese explicado mas, sus traductores corrían riesgo de que este noble Público, y la gente de su servicio mirasen este rasgo como una sátira metafórica, lo que nunca nos ha pasado por el pensamiento.

EDUCACION.

*Carta escrita á la Sociedad sobre el abuso de que los hijos tu-
teen á sus padres.*

SEÑORES AMANTES DEL PAIS.

Y A que esa Sociedad de Filósofos se ha propuesto el objeto nunca bien encomiado de servir al Público, tenga la bondad de oír mis desazones, y transmitir las al conocimiento y me-
ditacion de todos mis compatriotas.

Ha seis años que me casé en esta Capital con Teopiste joven hermosa y buena, pero poseída de los prejuicios de sus semejantes. El Cielo me ha concedido tres hijas y un hijo. Su vista y su compañía formaban toda mi felicidad: era su educacion el objeto de todos mis cuidados. A principios del año pasado tuve que hacer un viage al Cuzco: el estado de mis relaciones, y el de mi pequeña fortuna exigieron este sacrificio. Siete meses me mantuve dividido de mi esposa y de mis hijos. Es menester ser buen marido, y buen padre para saber lo que valen estos nombres preciosos. ¡Dios sabe lo que sufrí mi corazon en una ausencia tan dilatada!

Finalmente pude dexar aquellos paises. En el camino de regreso creí morir de gozo, quando desde las eminencias que rodean á esta Ciudad, empecé á divisar las torres de sus Templos. Llegué á mi casa: los abrazos de mi familia, y las lágrimas de una ternura verdadera fueron los parabienes que recíprocamente nos dimos. La confusion de este alborozado cumplimiento me impidió el parar la atencion en las expresiones inocentes de mis hijos.

Cal-

„ Calmado el primer tumulto de los afectos, oí que todas estas criaturas me trataban de *Tu*. Admiréme, y pregunté á Teopiste ¿ de donde nacia esta novedad tan opuesta á los principios de crianza, que yo habia dexado entablados ántes de mi viage? Respondiome esta friamente: *Que mis hijos habian estado en casa de Democracia su madre durante mi ausencia; y que allí les habian enseñado lo que es comun en todas las clases de los ciudadanos*. Creció mi admiracion: pregunté á algunos amigos si era positiva esta costumbre en Lima, y tuve el desconsuelo de quedar cerciorado de que la mayor parte de las madres, tias y abuelas, no solo sigue esta baja práctica de hacerse tutear de los hijitos que las rodean, sino tambien la patrocina y la sostiene.

„ No tengo voces suficientes para expresar la admiracion, ó diré mejor, la indignacion que me causó esta noticia. Los dias en que mi suegra ó mis cuñadas vienen á ver á las niñas, son para mi dias de infierno. Ayer tuve que sufrir un lance de esta naturaleza. Entró en casa una prima mia en ocasion que estaba allí de visita Democracia y sus adherentes: mi hija menor, Clarisa, corrió á abrazarla gritándola: *tia, dame un caramelito, dame una cosita, dame.* Ya no pude disimular mas: llamé á la muchachita, y la dixé en tono algo severo, ¿ si se habia olvidado del modo de pedir que yo la habia enseñado? Pero apenas acababa de proferir esta última palabra, quando Democracia hecha un fiero basilisco me arrebató de las manos á la niñita, diciéndome en tono de maldicion: *bien se conoce que Vmd. no quiere á sus hijos, y que mas bien es tirano de ellos que padre: Vmd. que quiere enseñar á otros la buena crianza, debe saber primero, que es mucho atrevimiento el querer corregir una costumbre general: y que aunque no lo fuera, es mi voluntad, y basta para que sus hijos tuteen á quien les dé la gana.*

„ Figúrese qualquiera quanto me irritarian estas reconvençiones: con todo por no alborotar la vecindad, tomé el partido de callar y retirarme. Vengo ahora á desahogar con Vms. mi pena. Sirvanse Vms. de preguntar en mi nombre á todas las Madamas que piensan en esto como Democracia: ¿ Que idea tienen del respeto filial, y de la superioridad paterna? Si nuestro idioma tiene los tratamientos confidenciales con separacion de los de reverencia, ¿ por que los hemos de confundir? ¿ Por que hemos de acostumbrar á los

hi-

„ hijos á que hablen á su madre en el mismo tono que á su esclava, y á que no distingan á su padre de su calesero? Finalmente ¿por que miran como efecto de amor en los padres una condescendencia que es tan contraria á la subordinacion, y aun á la buena política de las gentes?

„ Señores, tengo el corazon todavía muy alterado; y así Vms. me perdonarán la poca consecuencia de mi estilo. Prometo escribir á Vms. á menudo, no tanto por desahogar-me, quanto para que sirvan de provecho al Público los defectos de educacion, que se han deslizado en mi familia, cuya reforma ocupa en el dia todos los cuidados de su afectísimo servidor y amigo

Eustachio Phylomathes.

La Sociedad desea que este buen Padre verifique la promesa de continuar su correspondencia sobre materias de educacion, mucho mas si sigue tratándolas con la moderacion que se echa de ver en esta carta: el Público no quedará defraudado de las sabias máximas, que por este medio se nos comunican.

MANÍAS PARTICULARES.

Entre las debilidades de los hombres, que constituyen parte del plan histórico, y coercitivo de nuestro Mercurio, nos merecen un lugar preferente las que en cierto modo han hecho memorables á los que las han padecido. La soberbia del hombre se complace de verse corregida por un medio que no la deshonra. Sobre estos fundamentos vamos á hacer memoria de un maniático célebre, que llevó su tema inalterable hasta el sepulcro. ¿Quién no trató á Don Diego Lopez Gonzalez de la Peña, natural de Pontevedra en Galicia, y antiguo vecino de esta Ciudad? Este bien conocido octogenario, que con una mas que mediana tinctura de Matemáticas pasó al Perú, oyó que la Academia de las Ciencias de Paris ofrecia un premio considerable al que descubriese á beneficio de las longitudes marítimas, la quadratura del Círculo. El deseo de un premio y de una gloria, que tanto podían subir de punto su actual felicidad, lo agitó de manera, que dió de mano á todo negocio, puso en calor todas sus potencias, y en batalla sus tales quales principios. Empezó á ti-
rar

rar líneas, á formar cálculos, á resolver problemas; con lo que entró á persuadirse que el invento no estaba lejos de su posibilidad.

Contrahido á este solo trabajo, forjó tablas, círculos, y otros aparatos hasta de madera: llenó de números y figuras geométricas muchas resmas de papel que guardaba, revolvía y combinaba sin cesar, hasta que llegó á creer que el precioso invento estaba hecho. Tanto se complació de su hallazgo, que á todo el mundo lo anunciaba. La incredulidad de muchos le obligó á consultar con los maestros de la Ciudad, que á pesar de sus porfias, siempre dieron su trabajo por tan improbo como inútil. Estos mismos desengaños le empeñaban de modo, que hasta las limosnas que sus amigos le daban para sustentarse, las gastaba en papel para continuar sus operaciones. En sus estrecheces se consolaba con decir que un Caballero de primera suposicion de esta Capital le debía seis millones, por fruto de la quadratura que le habia revelado. Todos los días iba á exigirlo por este crédito; y dexaban igualmente admirados á los circunstantes la eficacia impertinente del maniático, y la paciencia filosófica, y generosidad del supuesto dendor.

Finalmente formó un memorial dirigido al Excelentísimo Señor Frey Don Francisco Gil y Lemos, nuestro actual dignísimo Virrey, en el qual titulándose el Alcides de la Geografía, y monstruo de las Matemáticas, le suplicaba como á Héroe tan amante de las ciencias y sus progresos, se dignase remitir su invento á Paris, y demandar para él el premio, de que se creía justo acreedor. La muerte que le sobrevino á fines de Diciembre último se lo quitó de las manos con la vida, ántes de presentárselo: y este sudor de cincuenta años embebido en un almacén de papeles, es lo que dexó por herencia á una hija suya natural. Así acabó miserablemente este fatigado Colón de la quadratura del Círculo.

Este caso nos trae á la memoria otro de igual naturaleza, aunque distinto en el objeto. Don Manuel de Torquemada, Caballerizo que fué del Señor Casteldosrius Virrey de estos Reynos, acrecentó el número de los maniáticos. Este hombre culto, discreto, y de amena conversacion, fixó la idea en la construccion de una máquina, que no era mas que una piedra como la de preparar que usan los boticarios, y la llamaba *Molinete*, con la qual decia, beneficiaria todos los metales del Perú,

Perú, y empedraria de barras las calles de toda la Capital: y aunque la nueva invencion de los Barriles nos demuestra hoy que no iba fuera de camino, reduciendo á mayor tamaño la máquina; tanto se poseyó de esta idea que se hizo intolerable su trato, y aun incomprehensible su invencion á fuer de repetir sus relaciones: por lo que (torciendo la inteligencia) le formaron esta redondilla:

*Torquemada en mina y ciencia
dos ingenios tiene iguales,
uno en que muele metales,
y otro en que muele paciencia.*

Quando mas esperanzas tuvo de llenar el reyno de plata por la aceptacion de su invento, le asaltó el mal de la muerte, que sufrió en un rincón, sin otros auxilios que los de la divina, y humana misericordia.

Lo mismo pudiera decirse de aquel célebre parroquiano de San Lázaro Don N. Montero, que trabajó treinta años en desenterrar un tesoro, apurando quanto tenia, y solo satisfizo á sus muchos hijos con decir en su muerte, que siguiesen su rumbo con teson, pues ya estaban las barras cerca: estas eran las jaculatorias espirituales, y este su último suspiro.

Si se hubiesen de definir baxo el mismo aspecto las frecuentes debilidades morales de los hombres; quanta materia nos darian ellas para semejantes críticas! Cada dia vemos hombres á quienes una pasion, una idea parece que contrahace su especie: hombres autómatos, á quienes no se les ve otro movimiento que el que les da el activo iman de su pasion favorita. La indiscreta ambicion de gloria, el prurito por las riquezas, dexando á parte otras pasiones menos resistibles, tienen lleno al Mundo de arrastrados entusiastas, y contra esto es contra lo que quisiéramos oponer algunos remedios preventivos, con que puedan reprimirse los progresos de este mortal accidente.